

María Cristina González Ortiz

“La fractura del imperio español: el caso de Las Floridas”

p. 249-268

*La independencia en el septentrión de la Nueva España:
Provincias Internas e intendencias norteñas*

Ana Carolina Ibarra (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2010

424 p.

Mapas y cuadros

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 55)

ISBN 978-607-02-1586-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/533/independencia_septentrion.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA FRACTURA DEL IMPERIO ESPAÑOL: EL CASO DE LAS FLORIDAS

MARÍA CRISTINA GONZÁLEZ ORTIZ
Universidad Nacional Autónoma de México

Desde el siglo XVIII la Florida formaba parte de los dominios españoles en América, pero una parte que, por sus características, no tenía mucho que ver con otras de las posesiones de España en este continente. Tampoco se puede hablar en sentido estricto de la independencia de la Florida, ya que partes de su territorio fueron ocupadas por Estados Unidos en los primeros años del siglo XIX hasta que finalmente acabó comprando lo que quedaba de ella en 1819.¹ En el Tratado Adams-Onís, que por fin sació el apetito de Estados Unidos por Florida, se establecieron también los extensos límites entre la joven república y el viejo imperio español que se derrumbaba y que corrían del golfo de México al Pacífico. Cuando poco después México alcanzó la independencia en 1821, su territorio colindaba por el norte con el de Estados Unidos en los mismos términos establecidos en el Tratado Adams-Onís. Pero así como avanzaron hacia el oeste los ingleses que llegaron a América desde principios del siglo XVII, así lo siguieron haciendo después sus colonos tras alcanzar su independencia en 1783. Sin embargo, éstos ya no lo hicieron nada más sobre las tierras de los indios, sino que, en la misma dirección este-oeste partiendo del Atlántico, ocuparon tierras de España y después de México con las que colindaban por el sur hasta

¹ Thomas Bailey escribió en 1940, año de la primera edición de su importante libro sobre la diplomacia de Estados Unidos, que éste le había arrebatado a mordiscos las Floridas a España. *A Diplomatic History of the American People*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hill, 1980, p. 166. Muchos años después, Bradford Perkins volvió a repetir la frase de Bailey, en la *Cambridge History of American Foreign Relations. The Creation of a Republican Empire, 1776-1865*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 152. El mismo Bailey tomó de Samuel F. Bemis el símil de la silueta de la Florida que parecía la de una pistola apuntando a la ciudad de Nueva Orleans que habían adquirido los estadounidenses en 1803 por el Tratado de la Louisiana. Bailey, *op. cit.*, p. 164. Bemis, *The Latin American Policy of the United States. A historical interpretation*, Nueva York, Harcourt Brace, 1943, p. 22. Más bien podría decirse que después de que Estados Unidos le compró la Florida a España, esta pistola apuntó hacia las tierras de Texas, Nuevo México y California pertenecientes a México desde 1821, y fue disparada con éxito.

llegar al Pacífico. El primer territorio que ocuparon fue el de la Florida, tema de este estudio. Sin embargo, buena parte del interés en el tema radica en que Estados Unidos, al quedarse con la Florida, puso las bases de lo que sería su expansión sobre las tierras del norte de México. Adueñarse de la Florida le tomó unos veinte años en los que combinó el ataque armado con la diplomacia. Las lecciones aprendidas se pusieron en práctica en Texas entre los años de 1835 y 1845, en cuyo caso dominó la compleja intriga diplomática en la que desempeñaron un papel importante México, Estados Unidos, la república de Texas, Gran Bretaña y Francia. El desgaste político fue tanto en Estados Unidos por la división entre los esclavistas del Sur y sus opositores del norte que, para arrebatarle a México los inmensos territorios de Nuevo México y California, esa república en expansión recurrió al año siguiente, después de haberse anexoado Texas, a una guerra de escasos dos años que le dio el control de la bahía de San Francisco. Ahí concluyó lo que se había iniciado en la Florida unos cincuenta años atrás.

El español Juan Ponce de León desembarcó la semana de la Pascua Florida de 1513 en las costas de una península entre el Atlántico y el ahora golfo de México, a la que dio el nombre de Florida y declaró posesión de la Corona de Castilla. No era la primera vez que un español pisaba esas tierras ya que Ponce de León había encontrado en ellas a un indígena que entendía el español. Durante el resto del siglo XVI hubo establecimientos de corta duración, no sólo de españoles sino también de franceses, salvo los más duraderos de los españoles en San Agustín, sobre la costa atlántica, y el fuerte Carolina de unos hugonotes franceses situado un poco más al norte de San Agustín en el ahora Jacksonville. Pero en 1564, el conocido capitán español Pedro Menéndez de Avilés tomó el fuerte Carolina dando muerte a la mayoría de sus colonos franceses. Hacia 1565, San Agustín se había convertido en la capital definitiva de la Florida, y aunque sólo servía de asiento al gobernador, su población siempre fue escasa, dedicada a comerciar con los indios, éstos sí muy numerosos, de la región. Sin embargo, era un territorio estratégico para los españoles, pues entre éste y la isla de Cuba se controlaba el acceso a la Nueva España por su puerto más importante, Veracruz.

Un siglo después, en 1663, Carlos II de Inglaterra otorgó a unos amigos una carta de colonización de lo que serían las Carolinas. En ésa se establecía que ocuparían las tierras entre Virginia y la Florida española. El monarca pretendía poner un límite al posible avance español hacia el norte. Pero los colonizadores no alcanzaron a cubrir todo el territorio asignado y sólo hasta 1732 se fundó la Colonia de Georgia que sí colindaba con la Florida. Tal cercanía dio lugar a los primeros enfrentamientos entre españoles e ingleses. Inglaterra declaró la guerra a

España en 1739. Entre otros reclamos, figuraba el hecho de que un capitán Jenkins, en uno de sus viajes a Cartagena, tuvo un enfrentamiento con las autoridades españolas en el que perdió una oreja. El ataque a San Agustín lo inició el destacamento militar de Georgia y fue rechazado, pero esta acción anticipaba la participación de los habitantes de esta colonia y después estado en los sucesivos ataques a la Florida en las dos primeras décadas del siglo XIX.

En los pocos establecimientos de la Florida, los frailes jesuitas y, sobre todo, los franciscanos catequizaron a los indios de la región y se ganaron su respeto. Pero los españoles no tuvieron control sobre estas tribus de seminoles. Sólo se valieron de ellas para atacar a los franceses o a los ingleses quienes, a su vez, azuzaban a las tribus de los indios creek contra los españoles. Además, los colonos de Carolina del Sur y de Georgia se quejaban de que sus esclavos huían a la Florida y las autoridades españolas los protegían. Estos esclavos fugitivos se establecieron en el pueblo de Gracia Real de Santa Teresa que se encontraba al norte de San Agustín.

Aunque la Florida representaba una posesión estratégica en la entrada al golfo de México, no impidió el paso de los franceses que reclamaron la desembocadura del Mississippi. Esta posesión implicaba, según los principios establecidos por los descubridores, el control de toda la cuenca del río. Por ello, el límite entre la Luisiana y Texas se fijó en el río Sabina que desembocaba directamente en el golfo, por lo que no pertenecía a la cuenca del Mississippi. Por el lado oriental de ésta estaban primero el río Pearl, que también ocuparon los franceses, lo mismo que el siguiente río, donde fundaron Mobile. Más allá de Mobile hacia el este, desembocaba el río Perdido y ahí los españoles establecieron el puerto de Pensacola, que fue la población más occidental de la Florida hasta mediados del siglo XVIII.

Tras el fin de la Guerra de los Siete Años en 1763, Inglaterra aumentó de manera asombrosa sus territorios en América. En el Tratado de París se estableció no sólo que Francia le cedía Canadá a Inglaterra, sino también la Luisiana oriental. Por si fuera poco, España, que también había perdido la guerra por pelear del lado francés, tuvo que entregar la Florida a los ingleses.² Además, se fijó el límite norte de ésta con la Luisiana a la altura del paralelo 33. Sin embargo, al igual que buena parte de la Luisiana, estas tierras de la Florida estaban habitadas por

² No está de más recordar que Francia, para recompensar a España por la pérdida de la Florida, amén de agradecerle su ayuda en la guerra, le cedió la Louisiana Oriental, misma que los españoles conservaron hasta 1800, con consecuencias lamentables para el México independiente.

los indios, por lo que en ellas ni españoles ni franceses ni ingleses se establecieron entonces.

Por otro lado, como la Luisiana oriental que había adquirido Inglaterra llegaba hasta el Mississippi, los ingleses consideraron que la franja costera de la Florida debía prolongarse hacia el oeste hasta ese río. De ahí que Mobile y hasta la ciudad francesa de Baton Rouge pasaran a formar parte de la Florida. Fue así como se comenzó a llamar a las tierras entre el Mississippi y el río Perdido, Florida Occidental y, del Perdido hacia la península, la original vieja Florida, Florida Oriental. Los ingleses promovieron, aunque con poco éxito, la llegada de colonos menorquinos para contrarrestar la influencia española castellana, pues la isla de Menorca se encontraba entonces bajo el dominio de Inglaterra.

Veinte años después, en el segundo Tratado de París, de 1783, que dio fin a la guerra de independencia de Estados Unidos, Inglaterra le devolvió a España las Floridas en lugar de entregarle, como quería Francia, la Luisiana Oriental. En una decisión sorprendente, Inglaterra prefirió dejar ésta a sus ex colonos, por lo que Estados Unidos no sólo se independizó sino que duplicó la extensión de su territorio a la vez que se convirtió en vecino de las posesiones del rey de España. En el Tratado de París se estableció también que el límite norte de las Floridas se fijara en el paralelo 31. Por ello, la franja costera española se volvió más angosta y, en cambio, creció dos grados más hacia el sur la nueva república. Es en este momento cuando aumenta la importancia estratégica de las Floridas, pues España tenía el control de la salida hacia el golfo de México de los ríos de Estados Unidos que desembocaban en éste. Pero a decir verdad, a Estados Unidos no le incomodaba gran cosa la vecindad con una España que difícilmente podía controlar esos territorios.

Ante la necesidad de poblar estas tierras, como ya lo habían intentado los ingleses, el gobierno español promovió la colonización ofreciendo tierras a los que quisieran establecerse ahí, oferta que muchos colonos de Estados Unidos aceptaron. Esta política España la repitió después en Texas, y México la imitaría tras la independencia. En los tres casos, sólo favoreció a Estados Unidos, resultando desastrosa para España y México.

Por supuesto, España sabía que tanto los estadounidenses, como sus autoridades, anhelaban el momento en que las tierras de la Florida se pudieran incorporar a su nación. De momento, tras la independencia, el gobierno de Estados Unidos tenía interés en negociar dos asuntos con España: el primero comerciar con esta nación en el Atlántico, y el otro, que las autoridades españolas que controlaban el puerto de Nueva Orleans desde 1763, cuando Francia les había cedido la Luisiana Occidental, permitieran a los habitantes del valle del Ohio sacar sus

productos que con facilidad descendían por el Mississippi pero a los que los españoles no les facilitaban la salida por el viejo puerto francés. El gobierno español sólo aceptó permitir el comercio atlántico y Estados Unidos se enfrentó a la primera protesta regional, pues los colonos del Ohio se quejaron de que el gobierno federal prefería favorecer los intereses del este y no los del oeste.

Mas la situación cambió cuando en 1800 el rey de España, en medio del mayor secreto, le devolvió la Luisiana Occidental a Napoleón mediante el Tratado de San Ildefonso. La noticia no tardó en llegar a Washington a través de James Monroe que estaba en España. Jefferson, que acababa de convertirse en presidente e ignoraba la posición y extensión de los territorios devueltos a Napoleón, pidió a James Madison, su secretario de Estado, ordenar al enviado estadounidense en Francia, Robert Livingston, que tratara de conseguir la libre navegación por el bajo Mississippi y la cesión de las Floridas. Si no las dos, cuando menos la Occidental. Además, discutió con sus ministros de España y Francia la que parecía una muy remota posibilidad: comprar Nueva Orleans. Así, Jefferson llegó a presionar a Francia con la amenaza de tomar Nueva Orleans por la fuerza. Esto no hubiera sido fácil sin la venia de Inglaterra, por lo que Jefferson tuvo que ofrecerle a ésta el trato de nación más favorecida en la navegación del Mississippi y recibir a los ingleses como si fuesen estadounidenses en los puertos de Estados Unidos durante diez años.³ Las negociaciones, la intriga y la fortuna condujeron a la sorpresiva oferta de Napoleón en 1803 de vender la Luisiana a Estados Unidos. En ese momento ya no se mencionaron las Floridas, pero habían estado en el primer proyecto expansionista de Estados Unidos y no fueron olvidadas. Rufus King, enviado de Estados Unidos a Inglaterra, había declarado que las Floridas podían seguir en manos de España pero que, en caso de cambio de dueño, éste sólo podía ser Estados Unidos.⁴

Francia no definió bien los límites de la Luisiana pero dio a entender a los estadounidenses que se suponía que hacia el este llegaban al río Iberville y no hasta el río Perdido como quería Estados Unidos, para engullirse en un solo bocado la Florida Occidental. Madison dijo siempre que él había entendido que el límite se fijaría en el río Perdido. Sin embargo, España conocía muy bien la extensión de sus dominios y se molestó por la mala fe de Francia que le había dicho a los estadounidenses

³ Madison to Livingston and Monroe, April 18, 1803. citado en Charles E. Hill, "James Madison", en Samuel F. Bemis (ed.), *The American Secretaries of State and Their Diplomacy*, Nueva York, Cooper Square Publishers, 1963, v. III, p. 29.

⁴ *The Life and Correspondence of Rufus King*, v. III, p. 469, citado por James F. Rippey, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America (1808-1930)*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1929, p. 26.

que la Luisiana llegaba por el poniente hasta el Río Grande del Norte, dando pie a que los americanos reclamaran Texas como parte del territorio comprado. Y no menos la mala fe de Estados Unidos que reclamaban por el oriente hasta el río Perdido. El gobierno español se negó a escuchar la reclamación del reconocimiento de esas dos fronteras que le exigía James Monroe, quien a su vez ofreció comprar la Florida Oriental en dos millones de dólares. En ese momento, como 15 años después en el Tratado Adams-Onís, se estipulaba que dicho dinero no se le entregaría a España sino que sería usado para pagar los reclamos de los ciudadanos estadounidenses en diversos dominios españoles.

El Congreso de Estados Unidos aprobó en 1804 una insólita propuesta enviada por Jefferson, la Mobile Act, mediante la cual el puerto español de Mobile quedaba sujeto a las leyes de Estados Unidos. Tras la inmediata protesta del ministro español ante la flagrante usurpación de los derechos de España, Madison respondió que esperarían arreglar “amigablemente” las dificultades con el gobierno español.⁵ De todas maneras, la bandera de Estados Unidos fue izada en el puerto español de Mobile.

Poco después, cuando Monroe viajaba de España a Inglaterra, pasó por París y ahí se le insinuó que Talleyrand podría ayudar a Estados Unidos a satisfacer sus reclamos a España mediante una cantidad de dinero.⁶ Esto satisfizo los cálculos de Jefferson quien de inmediato ofreció por la Florida Occidental cinco millones de dólares, de los cuales cuatro serían para el pago de los reclamos. Sin embargo, las demandas francesas le parecieron exageradas y sospechó que el dinero no sería para España sino para los propios franceses.⁷

En un belicoso informe anual a la nación en diciembre de 1805, Jefferson denunció la inminencia de un ataque español. Los federalistas estaban contentos porque deseaban la guerra contra Francia, misma que los republicanos habían evitado. Un senador comentó que dicho mensaje era “el más enérgico y belicoso que cualquiera de los que [Jefferson] había enviado al Congreso”.⁸

Tras excitar a la opinión pública, tres días después, el 6 de diciembre, Jefferson envió un mensaje secreto al Congreso en el que pedía dos millones de dólares para “relaciones diplomáticas”, aunque todos sabían que eran para sobornar a Francia. Tal era así que John Randolph, viejo político virginiano, le reclamó a Jefferson y se enemistó con éste de por vida por recurrir al soborno. De todos modos el dinero fue aprobado,

⁵ Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 51.

⁶ *Ibid.*, p. 56.

⁷ Thomas Jefferson, *Writings*, v. VIII, p. 383, citado en Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 57.

⁸ Plumer, *Memorando*, p. 339, citado en Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 60.

aunque ya no se usó porque Napoleón no lo necesitaba en ese momento. Acababa de triunfar en Ulm y en Austerlitz y prefirió guardar la apetitosa carnada de la Florida para otra ocasión en que necesitara de Estados Unidos. Además, España estaba maniatada bajo el control de Bonaparte cuyo poder iba en aumento. A partir de 1807, Jefferson tuvo serios problemas internos por la ley del embargo que prohibió el comercio atlántico debido a los problemas que enfrentaba con Inglaterra, de ahí que el asunto de las Floridas fuese relegado. Mas no se pueden pasar por alto todas las políticas torcidas, por decir lo menos, de Jefferson que no fueron sino una prueba de su obsesión por las Floridas.⁹ En éstas, al menos, su republicana sed expansionista no se sació.¹⁰

Hacia 1810, el tema de la Florida reapareció cuando ya Madison se había convertido en presidente de Estados Unidos, a la vez que España en aliada de Inglaterra contra Napoleón.

En una interesante carta, Holmes, el gobernador del territorio de Mississippi, le decía a Robert Smith, el nuevo secretario de Estado, que las guerras de independencia que se peleaban en América contra España podían ofrecer la oportunidad de una revuelta en la Florida Occidental. De ser así, Estados Unidos debía anticipar la mejor forma de hacerlo e intervenir. Lo más conveniente sería que los estadounidenses fueran llamados por los habitantes del lugar, pero sería todavía mejor que el llamado se hiciera a través de una convención de delegados nombrados por el pueblo.¹¹ A partir de ese momento Madison estuvo dispuesto a “apoyar un programa que buscara incitar a la revuelta en la Colonia de una nación amiga, con la intención de intervenir en el momento oportuno con el propósito de adquirirla”.¹² En relación con esto llama la atención que Francis Jackson, el ministro

⁹ Noble E. Cunningham Jr., *In Pursuit of Reason*, Baton Rouge, 1987, p. 316, citado en Bradford Perkins, *op. cit.*, p. 118. Sin embargo, Perkins no abunda en el asunto ni se muestra crítico de las políticas de Estados Unidos en las Floridas. Uno de los historiadores más críticos de las políticas de Jefferson en la Florida es Hubert B. Fuller, *The Purchase of Florida: Its History and Diplomacy* [primera edición 1906], Gainesville, University of Florida Press, 1964.

¹⁰ El historiador Richard Van Alstyne reconoce el concepto de Jefferson de una república en expansión al afirmar que las Floridas o Cuba estaban para él “for conquest or for some other form of annexation”. *The rising of American Empire* [primera edición 1960], Nueva York, Norton, 1974, p. 88. No faltan historiadores de Estados Unidos que tratan de disculpar a Jefferson y en su favor alegan las presiones de los colonos del oeste o que tenía que defenderse del juego diplomático astuto y sórdido de las potencias europeas. Isaac J. Cox, *The West Florida Controversy 1798-1813: A Study in American Diplomacy*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1818, p. 666-668; Phillip C. Brooks, *Diplomacy and Borderlands: The Adams-Onís Treaty of 1819*, Berkeley, California, University of California Press, 1939, p. 41.

¹¹ Thomas Bailey, *op. cit.*, p. 166.

¹² *Ibid.*, p. 183.

inglés en Washington, se hubiera quejado el año anterior con Smith, el secretario de Estado, de que James Wilkinson, quien había traicionado a Aaron Burr en su proyectada invasión a los dominios novohispanos del norte en 1806, se había dirigido a Nueva Orleáns con 4 000 hombres y se temía fuera a atacar a los españoles. Smith le respondió que dicho movimiento se debía a problemas internos.¹³ Sin embargo, no se pueden pasar por alto las sospechas del ministro inglés.

De todos modos, como lo había planeado Madison, el 25 de julio de 1810 los granjeros estadounidenses se reunieron en una “convención democrática” cerca de Baton Rouge y proclamaron la república de la Florida Occidental. En septiembre los colonos, con armas proporcionadas en Estados Unidos, atacaron Baton Rouge al grito de “¡Hurra Washington!” e hicieron huir a la guarnición española. Tras este breve encuentro armado se declaró en Baton Rouge la independencia de la Florida Occidental el 25 de septiembre de 1810 y se izó una bandera azul con una solitaria estrella plateada. Poco después, ni tardo ni perezoso, Madison proclamó la extensión de la jurisdicción de Estados Unidos a la Florida Occidental, cuyo límite oriental era el río Perdido, pero en la realidad los estadounidenses sólo controlaron hasta el río Pearl.

Madison no sólo alegó que este territorio les pertenecía desde la compra de la Luisiana sino que, para no quedar mal ante el exterior, falsificó un documento al ponerle una fecha posterior a la original. El documento en cuestión era una carta que Holmes, el ya mencionado gobernador de Mississippi, le había enviado a Smith comunicándole los acontecimientos de la Florida en septiembre. El 31 de octubre, el ministro francés le preguntó a Smith por los sucesos en las tierras del sur de los que había tenido noticia. Smith le respondió que no sabía nada, cuando ya había recibido la carta de Holmes del día 3. Por ello cambiaron la fecha de esta carta del 3 al 17 de octubre para que pareciera que aún no la había recibido Smith el día 31. Sabían mucho del arte de la diplomacia y no querían que la mentira se descubriera después.¹⁴

Por otro lado, Morier, el encargado de negocios inglés, al enterarse de los acontecimientos en la Florida, también le preguntó a Smith qué sucedía; éste se limitó a responderle que dichos asuntos sólo concernían a Estados Unidos y a España. Morier aconsejó entonces a su gobierno que ocupara Pensacola para evitar que cayera en manos de los estadounidenses. Más lo irritó el mensaje anual de Madison en el que anunciaba la ocupación militar de la Florida Occidental. Se quejó de nuevo

¹³ Rippy, *op. cit.*, p. 32 y 33.

¹⁴ Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 186.

con Smith y volvió a recibir la misma respuesta: el asunto no era de la incumbencia de Inglaterra.¹⁵

La propuesta de Morier a su gobierno de ocupar Pensacola fue aprovechada por Madison para alarmar al Congreso respecto a la actitud de Inglaterra. Con ello consiguió que éste le autorizara la ocupación de las dos Floridas. En efecto, el 15 de enero de 1811, el Congreso aprobó la propuesta del presidente de ocupar el territorio de la Florida entre el Mississippi y el río Perdido y declaró que no vería con buenos ojos que otra potencia ocupara la Florida Oriental. Por ello autorizaba a Madison a tomar posesión de ésta pacíficamente si se podía negociar con España o por la fuerza si ésta se negaba.¹⁶ Las tropas de Estados Unidos que estaban en Nueva Orleáns ocuparon las tierras al oeste del río Perdido consumando la anexión de la república de la Florida Occidental.

Al acta del 15 de enero de 1811 se le conoce como el Acta de la No-Transferencia. Se aprobó en forma secreta y autorizaba a Madison no sólo a tomar posesión de la Florida Occidental sino también de la Oriental en el caso de que algún gobierno extranjero ocupara ese territorio. Se suponía que un gobierno extranjero que no fuera el español, pero reflejaba una gran desfachatez por privar a España del derecho a disponer de un territorio de su propiedad. Reflejaba también el temor de Estados Unidos de que Inglaterra ayudara a España a cambio de parte de las Floridas. En realidad Inglaterra nunca representó amenaza alguna, pero era conveniente retratarla así y esta política la repitió Estados Unidos años después para justificar la anexión de Texas.¹⁷ La historiografía norteamericana, salvo pocas excepciones, aprueba esta resolución del Congreso. El historiador Bemis la consideraba uno de los pilares de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y, sobre todo, un antecedente de la Doctrina Monroe.¹⁸

Morier no descansó. Ese mismo mes de enero volvió a escribir a Inglaterra diciendo que las medidas del Congreso llevarían a Estados Unidos a la guerra con España y por ende con Inglaterra. Proponía que, previsoramente, se ocupara Nueva Orleáns, donde probablemente re-

¹⁵ Rippy, *op. cit.*, p. 34 y 35.

¹⁶ *Ibid.*, p. 38. Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 237.

¹⁷ Véase Cristina González, "La anexión de Texas en la correspondencia de los enviados norteamericanos a la república de Texas, 1836-1845", en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Bazante (coords.), *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 65-122.

¹⁸ Bemis, *The Latin American Policy of the United States*, p. 28-30. A Bradford Perkins dicha acta tampoco lo hace pestañear. Hasta añade que Hamilton Fish, el secretario de Estado de Ulyses Grant, la incorporó a la Doctrina Monroe, haciendo de ella un principio general de la política exterior de Estados Unidos. *Op. cit.*, p. 152.

cibirían el apoyo de los colonos estadounidenses descontentos con las políticas de Washington. Además, España podría llevar negros de Cuba, aparte de los negros de Estados Unidos que también se unirían a los ingleses.¹⁹

En julio de 1811, Augustus John Foster, el nuevo ministro inglés en Washington, se entrevistó para protestar por la ocupación de la Florida Occidental con el también nuevo secretario de Estado y viejo conocedor de los asuntos de las Floridas, James Monroe. Éste justificó la ocupación por varias razones: el sufrimiento de los colonos de España, el derecho que les daba la compra de la Luisiana, necesidades de carácter geográfico y ciertas consideraciones humanitarias, como que España no derramara más la sangre de los insurgentes que luchaban por la independencia de sus colonias. Foster le preguntó si después pensaba hacer lo mismo con la Florida Oriental, a lo que Monroe sólo respondió con un gesto inclinando la cabeza.²⁰ Ya en 1814, cuando estaban en guerra Estados Unidos e Inglaterra, el *London Times* recordaba la forma en que Estados Unidos se había adueñado de la Florida Occidental y advertía que “Las maniobras sucias y tramposas del señor Madison con respecto a la Luisiana y las Floridas permanec[ían] sin castigo”.²¹

Si ya era reprobable lo que hasta ese momento había hecho Madison, todavía añadió otro capítulo más bochornoso al asunto de la Florida. Uno que se debía, en parte, a la necesidad de encontrar apoyo para su reelección al año siguiente. No bien acababa de aprobar el Congreso la ocupación de la Florida Occidental cuando Smith, aún secretario de Estado, le dio órdenes al general John Mathews, ex gobernador de Georgia, de tomar posesión de la Florida Oriental si las autoridades locales se inclinaban a someterse a Estados Unidos si una potencia extranjera amenazara con tomar el lugar. Mathews se aprovechó del miedo que los georgianos tenían a los españoles y a las tribus indias de la Florida con las que vivían muchos negros fugitivos. También trató de formar un ejército de “patriotas” ofreciendo a los hombres blancos de la Florida Oriental y a los estadounidenses que lo apoyaran unas 200 hectáreas de tierra, libertad religiosa y la seguridad de la nueva propiedad cuando la región fuera liberada. Los hombres, armados con rifles, comenzaron a congregarse cerca del río Saint Mary que desemboca en el Atlántico y era el límite entre Georgia y la Florida Oriental.

Todo parece indicar que Mathews comprendió muy bien las órdenes de sus superiores a la vez que éstos sus planes. Era de esperarse

¹⁹ Morier to Wellesley, January 24, 1811, citado en Rippy, *op. cit.*, p. 37.

²⁰ Foster to Wellesley, July 5, 1811, citado en Bemis, *American Secretaries of State and their diplomacy*, v. III, p. 236; Rippy, *op. cit.*, p. 40.

²¹ Citado en Bailey, *op. cit.*, p. 166.

que las autoridades españolas no entregarían voluntariamente una posesión de la Corona y que los estadounidenses se verían obligados a tomarla por las armas. Mathews informó en sus cartas de todo lo que hacía, y aunque nunca se las respondieron, debía entender que aprobaban sus acciones.²²

Foster se enteró de las actividades de Mathews y en septiembre de 1811 escribió para quejarse. A Monroe le llevó dos meses responderle que no podía aceptar la interferencia inglesa y a afirmar sin ambages que hacía ya mucho tiempo que Estados Unidos debía haber ocupado esas tierras para cobrarle a España lo que le debía. Tampoco hacía mención de Mathews para no comprometer a su gobierno. Amén de que no existen pruebas de que Madison estuviese enterado. Foster no se quedó de brazos cruzados mientras esperaba la respuesta de Monroe y el 13 de septiembre le escribió al almirante Sawyer del escuadrón de las Indias Occidentales pidiéndole que apoyara a los españoles de San Agustín.²³

Mientras, Mathews tomó el pueblo de Fernandina y la isla Amelia, frente a la desembocadura del Pearl, con la ayuda más de milicianos y aventureros que de los pocos “patriotas”, sólo unos setenta, que se le unieron. En marzo de 1812 reportó a Washington que las autoridades del lugar habían cedido a Estados Unidos la provincia de la Florida Oriental. Después trató de tomar San Agustín, pero tanto Mathews como las unidades del ejército del gobernador de Georgia, David Mitchell, que también estaban interviniendo, fueron derrotados por los indios, los negros y los españoles.

A Madison no le gustó la forma en que había sido tomada Fernandina y Mathews fue destituido. Sin embargo, el ejército continuó en la Florida para proteger a los insurgentes. La verdad es que los estadounidenses, en vísperas de la guerra con Inglaterra, no podían dejarle a España el control de unos puertos que los ingleses ocuparían de inmediato como era evidente en las sugerencias de Morier y Foster a su gobierno. Aunque Mathews se retiró, la aventura resultó muy costosa. España envió a San Agustín a un nuevo gobernador, don Sebastián Kindelan. Hombre muy enérgico, proveyó de armas a los negros del lugar y se dedicaron a perseguir al ejército estadounidense causándole muchas bajas. No fue sino hasta abril de 1813 cuando Madison ordenó la retirada del ejército y devolvió Fernandina a los españoles. Se vio obligado a hacerlo porque en febrero el Senado, con el voto de los federalistas repudió la ocupación de la Florida Oriental.²⁴

²² Bemis, *op. cit.*, v. III, p. 239.

²³ *Ibid.*, p. 240., y Rippey, *op. cit.*, p. 41 y 42.

²⁴ Richard Van Alstyne, *American Diplomacy in Action*, Stanford, Stanford University Press, 1977, p. 538-540, *The rising of the American empire*, p. 89; Andrew M. Scott, “Between



La guerra con Inglaterra que tanto John Adams como Jefferson habían logrado evitar se peleó en tiempos de Madison entre 1812 y 1814. Estados Unidos le declaró la guerra a Inglaterra en junio de 1812, no tanto por el viejo problema de que ésta no respetara en altamar a las naves americanas, abordándolas en busca de desertores sino porque un grupo de expansionistas en el Congreso buscaba obtener tierras de Canadá, Texas y las Floridas. En las negociaciones de paz en Gante, los agentes John Gallatin, Henry Clay y John Quincy Adams lograron que se reconociera el dominio de su nación sobre la Florida Occidental. Gallatin diría después que hubiera podido pedir más, pero sintió vergüenza de hacerlo.

Antes de conocerse la noticia de que se había firmado la paz, el general Andrew Jackson, quien durante años había peleado contra las tribus de indios del sur, tomó Nueva Orleans en enero de 1815. Aunque los ingleses debían devolverla de acuerdo con el Tratado de Gante, la hazaña le dio gran fama a Jackson, quien continuó al frente del ejército combatiendo a los indios.

El gobierno de Estados Unidos, que desde 1801 trataba de comprar las Floridas, sólo había logrado, tras la guerra con Inglaterra, el control de la parte occidental. Obtener el resto le llevaría unos años más y, en este caso, combinó la acción militar — aunque sólo para amedrentar a España — con la diplomática, que estuvo a cargo de John Quincy Adams.

James Monroe, viejo conocedor del asunto de la Florida pues fue el primero en enterarse de la firma del Tratado de San Ildefonso, se convirtió en el quinto y último presidente de los virginianos republicanos en 1817. Escogió como secretario de Estado a John Quincy Adams, hijo del presidente John Adams, quien llevaba ya muchos años desempeñándose como embajador en varias capitales europeas. La experiencia que adquirió entonces y su labor durante la administración de Monroe lo convirtieron en el diplomático más hábil que ha tenido Estados Unidos.

Adams regresaba de una Europa que se había desembarazado de Napoleón. Los franceses estaban de nuevo bajo el gobierno de un Borbón y la Santa Alianza velaba por el fortalecimiento de las monarquías. Mientras, Estados Unidos se volvía cada día más desagradable a los ojos de Europa. En las cartas que Adams envió durante sus últimos meses en Londres aparecen varias observaciones al respecto. Decía que el fin de las guerras napoleónicas le había dado a Inglaterra, su vieja

1810 and 1821, the United States Acquired Florida by a Protracted Campaign to Subvert Spanish Rule”, *Military History*, Nueva York, Weider History Group, v. 15, n. 4, 1998, p. 21-22; Joseph H. Alexander, “Swamp Ambush in East Florida”, *Military History*, Nueva York, Weider History Group, v. 14, no. 7, 1998. p. 38-45.

metrópoli, una gran autoridad en Europa. A ello había que sumar los sentimientos poco afectuosos que los estadounidenses inspiraban a nivel popular y el rencor que los monarcas, más el francés que el inglés, sentían hacia Estados Unidos. Hasta la amistad que había sostenido con el zar de Rusia durante su estancia en San Petersburgo se había enfriado, pues Alejandro era ahora la cabeza de la Santa Alianza. También decía que a los europeos les preocupaba el crecimiento de la república americana, temiendo que su poderío se volviese una amenaza. Sólo estaban esperanzados en que la unión se rompiera por el conflicto de los intereses regionales. A tal grado inquietaban a Adams estos sentimientos hostiles que se preguntaba cuánto tiempo más se mantendrían en paz con las naciones europeas. De no ser mucho, no creía que Estados Unidos pudiese estar listo para defenderse mediante las armas. Por ello sugería la necesidad de establecer una política fiscal que permitiera cobrar impuestos con los que equipar un ejército y construir una armada.²⁵ No mencionaba la necesidad de agrandar el territorio para obtener más impuestos, pero sería lo que precisamente haría al volver.

Monroe reanudó las relaciones con España que se habían interrumpido desde 1808 y vio en ello abierta la oportunidad de negociar de nuevo. Sin embargo, George Irving, el ministro en España, no pudo conseguir nada a pesar de que Inglaterra se ofreció como mediadora e instó a España a negociar antes de perder totalmente la Florida. Tampoco el gobierno de Monroe vio con buenos ojos esta mediación. En la correspondencia que Estados Unidos e Inglaterra intercambiaron, Adams insistía, ingenuamente, en que el límite entre su nación y los dominios del rey de España era el río Grande del Norte, a sabiendas de que no tenía fundamento para tal reclamo, mismo que finalmente abandonó cuando obtuvo un trazo definitivo de esa frontera del golfo de México al Pacífico en el mismo tratado por el que compraron la Florida.

En los primeros días de enero de 1818 llegó a Washington la noticia de que los estadounidenses habían tomado la isla Amelia, donde estaba el pueblo de Fernandina que ya antes había capturado Mathews. En esa se había establecido un grupo de piratas y aventureros, algunos de ellos franceses, que había proclamado la república de las Floridas. Tras la toma de la isla, se propuso en el gabinete la devolución de la isla a España, pero Monroe decidió que la conservarían de acuerdo con el Acta de la No-Transferencia de 1811. Al enterarse don Luis de Onís, embajador de España en Washington, de inmediato reclamó la desocu-

²⁵ "John Quincy Adams a su padre John Adams, 1 de agosto de 1816" y "JQA a William Plumer, 17 de enero de 1817", en Worthington Chauncey Ford (ed.), *Writings of John Quincy Adams*, Nueva York, Macmillan, 1916, v. VI, p. 61, 141-144.

pación de la isla. Adams le respondió en términos poco amigables que le sería muy fácil justificar la presencia de los estadounidenses en ese lugar, pero para hacerlo “sería necesario decir cosas que sería desagradable que España escuchara y para él decir las”.²⁶

Pocos días después Monroe comunicó al Congreso que habían tomado posesión de la isla Amelia, a la vez que Adams le mostró a Onís unas cartas en las que se informaba que los españoles atacarían varios lugares de la Florida Occidental y que los indios seminoles amenazaban algunas poblaciones fronterizas en Estados Unidos. Onís replicó que los que merodeaban eran piratas y que los indios vivían en territorio norteamericano. Adams sólo contestó que si no apresuraban las negociaciones, España ya no tendría una Florida que ofrecerles.²⁷

Monroe y Adams creyeron que esta presión había sido suficiente para sentar a Onís en la mesa de negociaciones y Adams propuso a Onís una primera línea fronteriza de las muchas que se ofrecerían, entre Estados Unidos y los dominios del rey de España. Hubo mucha confusión entre el nombre que uno y otro partido daban a los ríos y las pláticas no prosperaron. Pero era evidente que España estaba temerosa de que los ingleses le arrebataran el comercio en sus dominios americanos que ahora luchaban por su independencia.

Ante la resistencia de España se recurrió a otra estrategia. A principios de abril de 1818, el secretario de Guerra John C. Calhoun ordenó al general Jackson, que había conservado su cargo militar y cuidaba la frontera entre su nación y la Florida de la incursión de los indios de ésta, perseguir a los indios hasta su territorio con el pretexto de proteger a los estadounidenses. Jackson tomó Pensacola y San Marcos, quemó los archivos reales y depuso al gobernador que alcanzó a huir. Después lamentó no haberle dado muerte. No era exagerada la fama que tenía de odiar a los españoles y a los católicos tanto como a los indios, pero se entiende pues descendía de los escoceses que habían recibido de Oliver Cromwell tierras en Irlanda tras la guerra civil inglesa.

Monroe tuvo que afrontar el escándalo provocado por las correrías de Jackson. La opinión pública estaba alarmada ante una posible guerra con España. Más temerosos estaban los habitantes de Georgia de que sus barcos mercantes fueran atacados y se afectara el comercio. Hasta el mismo Calhoun, el secretario de Guerra acusó a Adams de promover la guerra para llevar una expedición a México.²⁸

²⁶ Charles Francis Adams (ed.), *Memoirs of John Quincy Adams*, Nueva York, AMS Press, 1970, v. IV, 10 de enero de 1818, p. 38.

²⁷ *Ibid.*, 14 de enero de 1818, p. 42.

²⁸ *Ibid.*, 14 de julio de 1818, p. 107.

En una reunión con su gabinete que se prolongó por dos días, Monroe declaró que Jackson había actuado contra sus instrucciones. Todo el gabinete estuvo de acuerdo salvo Adams, quien dijo que la violación a las instrucciones era sólo aparente. La misión de Jackson había sido combatir a los indios, mas, ante la conducta errónea de los españoles, no le había quedado otra salida. Así, en ningún momento había librado una guerra contra España sin la autorización del Congreso; sólo había castigado a los indios mediante lo que se llamaba una “hostilidad defensiva”, que era una atribución del ejecutivo. Tampoco creía que hubiera guerra con España, y de haberla, no los afectaría mucho.²⁹

En su correspondencia con Onís y haciendo gala de sus habilidades retóricas y diplomáticas, Adams distorsionó el ataque de Jackson para justificarlo: alegó que España había violado el tratado del 27 de octubre de 1795, cuando ambas naciones se habían comprometido a mantener en paz y armonía a los pueblos indios. Además, se había encontrado “evidencia clara e inequívoca [...] de la duplicidad del comandante de Pensacola”, por lo que pedía el castigo del monarca para aquellos que no habían cumplido con sus órdenes. A la vez, tendía la rama de olivo al ofrecer la devolución de dicha ciudad ante un representante del rey debidamente acreditado. Pero volvía a insistir en su argumento medular: la paz entre ambas naciones dependía de que España ejerciera la fuerza para controlar a los indios e impedir que hostilizaran a los ciudadanos de Estados Unidos.³⁰ Un mes después, Adams volvió a recordar a Onís que sería “superfluo e inoportuno” continuar la discusión en torno a la actuación de Jackson y a la mala conducta de los oficiales españoles en San Marcos y Pensacola. Insistía en que el meollo del asunto estaba en la obligación de España, no de castigar a los indios que asesinaran mujeres y niños, sino en emplear la fuerza para que esto no sucediera.³¹

Además, al difícil asunto de los límites que se establecerían entre las dos naciones Onís añadió uno más en la discusión al pedir que Estados Unidos no reconociera a las naciones independientes de América del Sur. Adams rechazó la sugerencia porque España no podía pedirle eso a ninguna nación europea. Amén de que consideraba la petición de Onís una prueba más de que en realidad la Corona no quería llegar a ningún acuerdo con Estados Unidos.

El tema de la lucha de independencia de las colonias españolas no era nuevo. Fue seguido de cerca por Estados Unidos y por Europa por

²⁹ *Ibid.*, 15 de julio de 1818, p. 108.

³⁰ “JQA a Onís, 23 de julio de 1818”, en *Writings*, v. VI, p. 386-394.

³¹ “JQA a Onís, 24 de agosto de 1818”, *ibid.*, p. 444-446.

diversas razones que tenían que ver, sobre todo, con la forma de gobierno que dichas colonias adoptarían y su apertura al comercio internacional. Estas guerras, por supuesto, no despertaron en Estados Unidos el mismo entusiasmo que la Revolución Francesa, pero sí el interés de grupos de republicanos, de comerciantes y también de vendedores de armas y de aventureros. Además, no pasaron inadvertidos para Adams “los espíritus ardientes que se apresuraban a participar en el conflicto sin mirar las consecuencias”.³² De ahí que su actitud fuese muy escéptica, realista y cauta. En un conocido documento Adams se preguntaba por las razones con que Estados Unidos podría justificar o no su apoyo a la causa de los que luchaban contra la madre patria. A decir verdad, no veía muchas a favor de la identidad entre la causa de la revolución de independencia de su país y las guerras que ahora se peleaban, salvo el hecho de la búsqueda de la independencia, porque los orígenes de ambos movimientos habían sido distintos. Para Adams, la lucha de los colonos ingleses había pasado por dos etapas: en la primera pelearon por el respeto a sus derechos civiles y, cuando no lo consiguieron, declararon entonces su independencia. En cambio, consideraba que en la América española el asunto de los derechos civiles no era central, además de que nadie los respetaba. Adams dudaba de que pudieran gozar de sus libertades y menos creía que pudiesen autogobernarse. Así, por muchas simpatías que sintiese por estos insurgentes que pensaban en tener instituciones republicanas y por mucho desagrado que le inspirara España, no consideraba prudente que se les reconociera.³³

Poco después escribiría estas palabras con las que parece justificar sus propósitos en la Florida:

No está lejos el día en que el reconocimiento de la independencia de Sudamérica será un acto de amistad con España. Será un acto de bondad hacia ella poder ayudarla a poner fin a su autoengaño por el que desperdicia lo que queda de sus recursos en una guerra infame por las atrocidades que en ella se cometen y la total falta de esperanza de alcanzar el éxito.³⁴

Por aquello de a río revuelto ganancia de pescadores, Estados Unidos debía detener a todos los aventureros que, con el pretexto de la independencia, causaban problemas. Apenas salía Adams del escándalo-

³² “JQA a John Adams, 21 de diciembre de 1817”, en Samuel Flagg Bemis, *John Quincy Adams and the foundations of American Foreign Policy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969, p. 341.

³³ “JQA a Alexander Everett, 29 de diciembre de 1817”, en *Writings*, v. VI, p. 280-283.

³⁴ “JQA a Richard Rush, 20 de mayo de 1818”, *ibidem*, p. 326.

lo de Jackson cuando recibió la información, más bien para sondearlo, de que gente de Buenos Aires quería tomar la Florida, pues necesitaban puertos desde donde atacar a España, a la vez que promover su comercio. Adams respondió de inmediato que Estados Unidos tenía muchas reclamaciones pendientes con España y no permitiría la entrada de un tercero.³⁵

Gran Bretaña también quería sacar provecho. Había insinuado dos cosas: arbitrar la disputa entre España y Estados Unidos y, lo más importante, que ella misma y Estados Unidos debían interponerse entre España y sus colonias para dejar a éstas en libertad de comerciar con todas las naciones. Se sobreentendía que tal libertad se le concedería más bien a Inglaterra que por siglos había codiciado esa presa.³⁶

Monroe presentó una tupida agenda en relación con el problema español en la que proponía: 1) la evacuación de la isla Amelia; 2) la evacuación de la Florida si terminaba la guerra de los seminoles; 3) el envío de la flota a América del Sur para defender el comercio y ayudar a los patriotas; 4) el envío de una persona de confianza a Galveston para que advirtiera a los que se habían establecido ahí que estaban en territorio de Estados Unidos (se trataba de unos bonapartistas, pero el territorio era de Texas, que pertenecía al rey de España); 5) aconsejar a sus ministros en Europa sobre la posición que debían adoptar ante cualquier proyecto de interposición entre España y sus colonias que tratara de promover la completa independencia de éstas y 6) indagar la posición de Inglaterra ante el punto anterior y la posibilidad de un acuerdo. Monroe, más impulsivo que Adams, no estaba muy convencido de mantenerse neutral, sobre todo por las presiones de la prensa. Tras una larga discusión conducida por Adams se decidió que no devolverían ni la isla Amelia ni Pensacola; tampoco se enviaría la flota a Sudamérica, ni se decidió el asunto de Galveston porque no se pusieron de acuerdo en si el enviado sería secreto o no, aunque pasaron por alto que dicho puerto pertenecía a España. Los dos últimos puntos fueron los más debatidos. Adams mantuvo que no debía ser general la circular con las instrucciones a los enviados en Europa sobre el asunto de la independencia de las colonias, porque cada sede tenía su propia perspectiva ante cada asunto. De la misma manera, no debían proponer a Gran Bretaña ninguna acción conjunta para promover la independencia de América del Sur por varias razones: no les convenía apartarse de la neutralidad; los ingleses no declararían abiertamente su apoyo a los insurgentes; ignoraban la reacción de Inglaterra ante su pretendida

³⁵ *Memoirs*, v. IV, 7 y 8 de mayo de 1818, p. 88-89.

³⁶ *Ibidem*, 23 de enero y 13 de febrero de 1818, p. 49 y 54.

propuesta, por lo que no debían arriesgarse a que los rechazara o dañara públicamente.³⁷

Los meses transcurrieron entre las presiones diplomáticas de Gran Bretaña y Francia y la negativa de Onís de aceptar las propuestas de Adams sobre la definición de los límites entre ambos países, sobre todo en el Pacífico, a la altura del paralelo 41. Además, Adams exigía que el curso, las dos márgenes y las islas que hubiera en los ríos que se fijaran como límites pertenecerían a Estados Unidos.³⁸ Ante esta medida abusiva, Onís tuvo un nuevo frente donde pelear. Pero Adams le dijo a su amigo Hyde de Neuville, el ministro francés, quien desempeñó un papel muy importante en su relación con Onís, que no tenía prisa. Estaba convencido de que la dilación del asunto, la “Spanish procrastination”, los favorecía. Onís no aceptaba la propuesta de Adams porque España había supuesto siempre que la línea divisoria llegaría por el norte hasta el Missouri y de ahí al oeste hasta el Pacífico.

Por último, Adams ideó una maniobra de carácter aparentemente diplomático — porque no le interesaba ya presionar a España — dirigida a la opinión pública de su país. Una justificación de lo que se le pedía a España al mostrar el daño que les hacía su incompetencia y aumentar la aversión que ya se sentía hacia ésta. En su Diario decía: “Justificar las medidas del gobierno y hasta donde fuera posible las de Jackson. La tarea es de un alto nivel. Ojalá no resulte inferior a ella; he progresado algo en el borrador pero será un trabajo de varios días”.³⁹

La tarea en cuestión era una carta dirigida a George Irving, el ministro en España, y resultó del siguiente tenor: Jackson no había actuado ni bajo las órdenes de su gobierno ni para molestar a España, sino en legítima defensa. El problema lo habían creado los ingleses durante su guerra con Estados Unidos, al azuzar a los indios en sus correrías por tierras de Estados Unidos. Pero también la conducta de las autoridades españolas había estado marcada por la actitud poco amistosa de los ingleses. En lugar de controlar a los indios que vivían en su territorio “los alentaban, ayudaban y suministraban medios para llevar a cabo sus ataques”.⁴⁰ Por ello tenía el derecho de exigirle al gobierno español que castigara a sus oficiales por ayudar a los indios cuando era su obligación controlar a los salvajes. Y aunque se demostrara su inocencia, para Estados Unidos no era falta menor la debilidad militar que la perfidia. Así, España debía

³⁷ *Ibidem*, 13 de mayo de 1818, p. 91 y 92.

³⁸ “JQA a Onís, 31 de octubre de 1818”, en *Writings*, v. VI, p. 455-462.

³⁹ *Memoirs*, v. IV, 8 de noviembre de 1818, p. 168.

⁴⁰ “JQA to George William Irving, 28” de noviembre de 1818, *Writings*, v. VI, p. 483.

elegir entre colocar en la Florida una fuerza adecuada para la protección de su territorio y el cumplimiento de sus compromisos o ceder a los Estados Unidos esta provincia sobre la cual ya no tenía sino una posesión nominal, que estaba de hecho abandonada y abierta a la ocupación de todo enemigo, civilizado o salvaje, de Estados Unidos y no servía a ningún otro propósito terrenal más que como un sitio para molestarlos.⁴¹

Adams concluye su carta a Irving diciéndole que exigiera al gobierno español que controlara por la fuerza a los indios para que no hubiera más asesinatos ni robos, pues Estados Unidos ya no “escucharía más disculpas por la inhabilidad de los gobernadores y comandantes para cumplir con sus deberes”. Para ello debían mantener los hombres que se necesitaran, pues estas tareas eran un “imperativo”. Si no cumplían y Estados Unidos volvía a ocupar plazas de Florida, Adams amenazaba:

declaro con la franqueza y sinceridad que nos es propia, que no se espere otra devolución incondicional; que hasta la confianza del presidente en la buena fe y justicia del gobierno español se había visto sujeta a una experiencia continuamente desagradable; y que después de infatigables y casi innumerables llamados en vano para que cumplieran con sus obligaciones, Estados Unidos se vería compelido con renuencia, a poner la responsabilidad de sus fronteras en sí mismo.⁴²

Las reuniones con Onís se volvieron más frecuentes. Aunque Adams seguía insistiendo en el paralelo 41, tuvo una conversación ante un mapa con el general Jackson y éste opinó que, por la amenaza de los indios, la adquisición de las Floridas representaba una buena ganancia para Estados Unidos. Dado el peso de los intereses regionales no podía haber mayor ventaja para Jackson. Pero Adams, que mantenía una relación muy cercana con los comerciantes de Boston, seguramente pensaba que lo mejor del acuerdo había sido dotar a su país de una salida al Pacífico y cubrir los territorios que, si no España, Inglaterra sí hubiera podido quitarles. De ahí el nombre que también recibe el tratado de Transcontinental, “verdadero acierto del genio de Adams”.⁴³ El límite entre las dos naciones se estableció a partir del río Sabina en la desembocadura del golfo de México, continuaría por el curso de este río hasta su confluencia con el río Rojo y por éste hasta alcanzar el meridiano 100. La línea divisoria ascendería hacia el norte por este meridiano hasta el

⁴¹ *Ibid.*, p. 487-488.

⁴² *Ibid.*, p. 501-502.

⁴³ Bemis, *The Latin American policy of the United States*, p. 37.



río Arkansas, seguiría por éste hasta su confluencia con el río Colorado y por el meridiano de este punto hacia el norte nuevamente hasta alcanzar el paralelo 42, por el que se seguiría hacia el oeste hasta el Pacífico.

La aprobación del tratado en el Senado de Estados Unidos tuvo mucha oposición, sobre todo la de Henry Clay, quien acusaba a Adams de haberle entregado Texas al rey de España, ya que este territorio estaba comprendido en la Compra de la Luisiana y formaba parte de Estados Unidos. El argumento, que no tenía fundamento se siguió repitiendo con mala fe hasta la anexión de Texas, pero el Tratado Adams-Onís fue aprobado en el Senado.

El gobierno español todavía dio largas al asunto en los dramáticos momentos en que se estaba derrumbando su imperio colonial. No ratificó la venta de la Florida a Estados Unidos sino hasta 1821.